

TRES EN UNO

# Marín, el retratista impío

«El palacio de la risa», «Ídola» y «Cartago» unidas por la mirada de un escritor dedicado a contemplar y describir los horrores de la existencia, sin concesiones.

JAVIER EDWARDS RENARD

Bajo un título tomado de un verso del poeta Rainer María Rilke, **Un animal mudo levanta la vista** (*Elegías del Duino*, VIII), Germán Marín reúne tres novelas: «El palacio de la risa», «Ídola» y «Cartago», las dos primeras ya publicadas en los años 1995 y 2000, y la tercera escrita el 2001 e inédita hasta ahora. En su oportunidad, di mi opinión destacando la dureza y calidad de «El palacio...», un viaje a los recuerdos imborrables que deja en el protagonista su paso por la tristemente célebre Villa Grimaldi; y las debilidades de «Ídola», un texto con la marca de su autor, oscuro, plagado de claves, iracundo, que excede sus propias posibilidades. Entonces, la reedición de ambos junto a «Cartago» —bajo la propuesta de una trilogía— obliga tanto a repensar el alcance y sentido de los primeros a la luz del último, como asimismo, a reflexionar sobre los límites de un relato y el lugar donde se encuentra su unidad. ¿Basta la reunión de

dos o más relatos para que, como por arte de magia surja un nuevo cuerpo con reglas propias?

Comencemos por hacernos cargo del final de esta trilogía: «Cartago». Una novela corta, en la que el narrador y protagonistas, nos relata dos vivencias: una, referida a su situación presente de encierro, aislamiento, en una cárcel; la otra, el recuerdo de hechos pasados

que explican sus actuales circunstancias. En este texto, Marín sigue fiel a su fórmula: todo relato, toda literatura, parece querer decir, no es otra cosa que una némesis, un traer a la luz aquello que ha quedado plasmado en el recuerdo, vestigios sobre los que trabaja la escritura; y, otra vez, el personaje avanza a tientas, sin compasión, en un mundo que no da tregua y donde dolor, soledad o sin sentido son moneda de curso legal. Alguien puede pensar que, por momentos, Marín

exagera llevando a sus personajes a situaciones como la que recuerda el protagonista en «Cartago» cuando muere su hijo pequeño, lo embalsama con sal y convive con él



VILLA GRIMALDI.— Hoy convertido en memorial, este lugar surge en las tres novelas de Germán Marín como el recuerdo atroz de la dictadura.

hasta que descubre que ha sido comido parcialmente por las ratas. Pero la vida está llena de ejemplos que superan la más truculenta de las ficciones. En realidad, esta es la virtud de un escritor que no cesa en lo que podría llamarse una estética del horror existencial.

«Cartago» es parte de una trilogía y, por tanto, su lectura debe realizarse en el marco del conjunto que lo contiene. Germán Marín ha recurrido al truco de dejar en sus textos distintos elementos, guiños, cabos que permiten jugar a interpretar conexiones, continuidades. Lugares, personajes, episodios que

critos como partes de una trilogía, al modo en el que Marín mismo anunció la que conforman **Círculo vicioso** y **Las Cien Águilas**, en espera de su tercera parte. En este sentido, la publicación de estas tres novelas como unidad parece más el amarre forzado de tres textos por una decisión editorial.

A pesar de la autonomía que corresponde a cada una de estas novelas, a su dispar calidad —sigo pensando que «El palacio de la risa» es la más lograda e «Ídola» la menos convincente—, su publicación permite internarse en tres historias rudas, fuertes, donde el elemento de conexión es la personalidad de una escritura.

**Un animal mudo levanta la vista** es la suma de tres textos impíos, donde la mirada de cada narrador es la de un retratista que ha perdido toda ingenuidad, que acepta los infiernos que le toca vivir, contándolos, recordándolos y dándose el espacio para sentir ira, asco, desilusión. ¿Cómo lee Marín el verso de Rilke que toma prestado? A la oscura luz de las tres novelas que titula, como el gesto rabioso de ese animal que condena el horror que le toca vivir con el silencio lapidario de una pura mirada. Eso son los recuerdos que habitan estas novelas del, quizás, más extremo de nuestros escritores: Germán Marín, que no se da ni concede tregua; que no está para relatos melindrosos.

